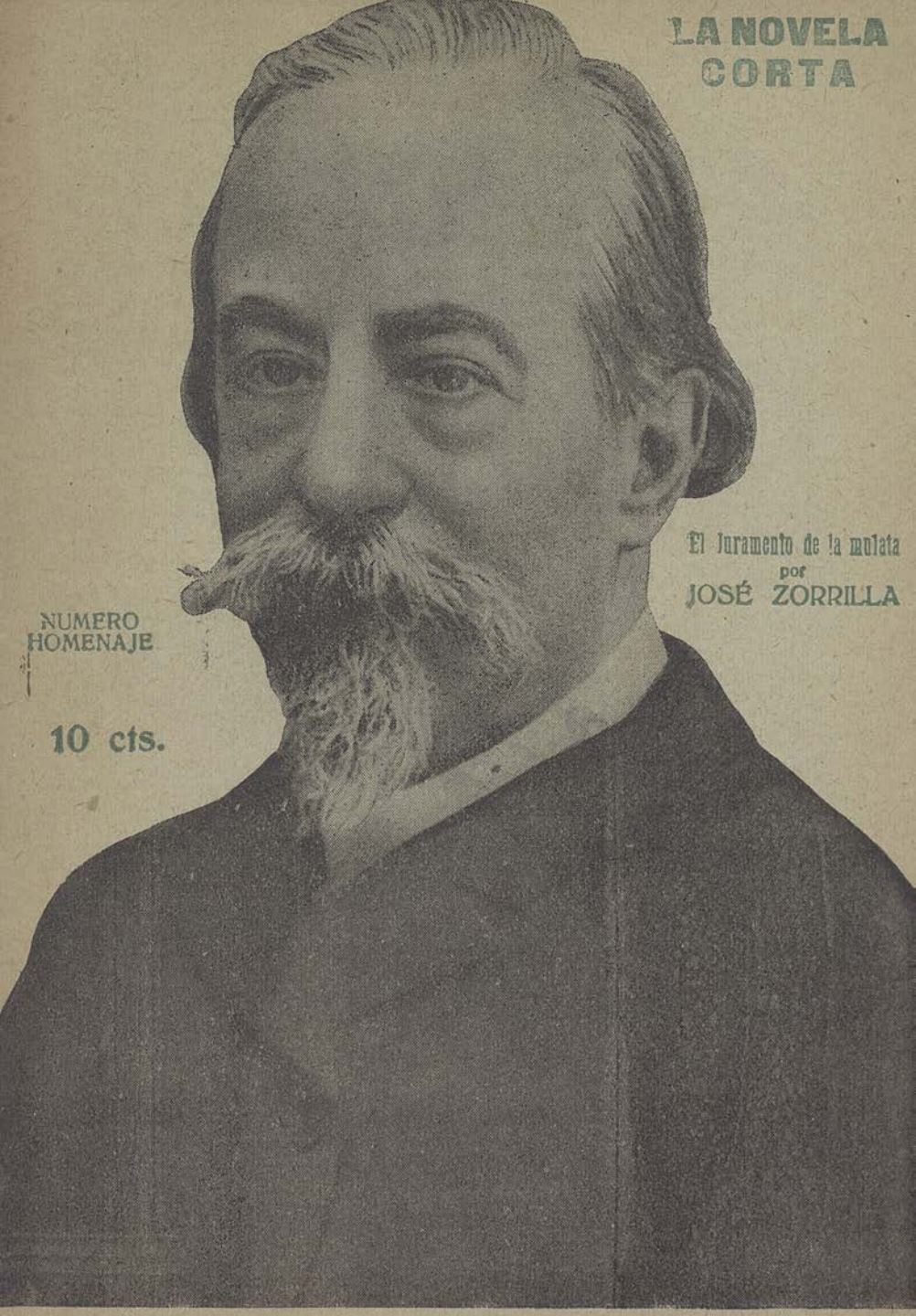

LA NOVELA CORTA

El juramento de la mulata

por

JOSÉ ZORRILLA

NUMERO HOMENAJE

10 cts.

Año IV
N.º 164

NUMERO HOMENAJE A LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX

Madrid 22
Feb. 1919

Semblanza literaria

José Zorrilla

POR

CARMEN DE BURGOS

Este poeta, último representante del romanticismo, nació a la vida del arte en el viejo cementerio de Fuencarral al lado de la tumba del inmortal *Fígaro*.

Fué el día de la llegada de Zorrilla a Madrid el último de la vida de Larra. Un amigo del gran satírico encargó al joven poeta unos versos que éste escribió aquella misma noche, (en que dormia el cadáver de Larra en la Iglesia de Santiago), en la pobre bohardilla de un tintorero en la cual se hospedaba, con un cálamo hecho de junco y mojado en tintura

No es ciertamente una poesia digna de la inmortalidad, pero el lugar en que la recitó, la emoción de los oyentes y la suya propia, que le hizo prorrumpir en lágrimas y no poderla terminar, agrandaron su mérito, le dieron una popularidad enorme y de allí salió amigo de todos los ingenios de su época, que lo llevaron a conocer al magnífico Espronceda

Eran entonces los días de dolor de Espronceda, enfermo y solo, llorando la traición de Teresa y el engaño de su más íntimo amigo. Postrado en cama hallaba un consuelo en la admiración sencilla y juvenil de Zorrilla y en su ingenua lealtad. Fueron amigos, y más tarde Zorrilla recogió el cetro de la poesía de las manos yertas de Espronceda. Más fácil que éste y menos perfecto, supo llegar al alma de las multitudes y hacerse popular, escalando un puesto en el teatro. Sin embargo la parte más fina de su espíritu es la que está contenida en los libros más reservados de este escritor, en los que menos se conocen; como *Un drama del alma*

Vicisitudes de su vida llevaron a Zorrilla a Méjico y allí conoció a Maximiliano de Austria, el Emperador-Mártir, que en su breve reinado fué el amigo del gran poeta, al que hizo su lector y al que admiraba hasta el extremo de ser su camarada. En los amargos dias de Maximiliano, volvió Zorrilla a Europa, tal vez con una misión suya, y cuando se preparaba a volver, resonaron en todo el mundo los ecos del fusilamiento de Queretaro. Entonces, escribió Zorrilla aquel libro magnífico en el que tiene la vision de Maximiliano en la Catedral de Burgos y recoge de sus labios las palabras últimas.

A pesar de esto, por lo que más se conoce a Zorrilla es por sus leyendas, sus cantos árabes y sus obras teatrales. La más popular es el *Don Juan Tenorio* Zorrilla tenía un rencor a esta obra Muchas personas, conociendo las dificultades económicas de la vida de Zorrilla, que enriqueció a tantos editores y murió pobre, achacan su rencor a ver producir tanto dinero a ese drama que él había vendido por tan exigua cantidad.

Zorrilla vivió lo bastante para dejar una labor extensa y para conocer la gloria. Pocos hombres han sido aclamados con más entusiasmo Su coronación, homenaje de la nación entera, le hizo exclamar:

«Tan grande apoteosis no se hace a ningún vivo.»

Pero Zorrilla no fué feliz. Desde niño sufrió en sus afectos íntimos, en pugna los impulsos de su alma con la rígida severidad de su padre que lo repudió por ser poeta y liberal. El mismo exclama:

«Maldita sea la poesía
causa de tal desventura
¿y que aun haya una criatura
que tenga en algo la mía?

EL JURAMENTO DE LA MULATA

NOVELA

por

José Zorrilla

I

Hay en los años de mi vida dos meses que por los más felices y los más desventurados en ella cuento, y son los pasados en la fresca soledad del cafetal de Calvo en la Habana: Febrero y Marzo de 1859. Felices por la paz y tranquilidad del aislamiento en que transcurrieron, en el trabajo asíduo de unos librejos, cuyo producto me sirvió para hacer bien y para sacar de aquella isla al honrado Anselmo de la Portilla con su numerosa prole, y al más desatinado y más incondicionalmente sumiso de mis perdidos amigos, Agustín Aynslie, desventurados porque allí la muerte y la voluntad de Dios me dejaron solo y sin sombra, como al Judío Errante sobre la tierra; y ya sin temor de nada, y de nada sin esperanzas, determiné volver a Méjico, donde esperaba morir a fuerza de hastío de mí mismo, de abandono de la Providencia, y de haber perdido las poéticas creencias de mi fe, y convencido de que estaba condenado a no amar nada, a no ser amado de nadie, a vivir en la escasa medianía del trabajo forzado, y a morir en casa ajena, hospedería, cárcel, hospital o manicomio; fin natural de un poeta loco, única cosa que le parangoneará con Camoens y con Cervantes. Si después de su muerte los supervivientes le perdonan la vida, al decir de él: *«¡En paz descanse!»* Entonces lo pensaba y yo lo temía; hoy lo veo sin miedo, y lo encuentro lógico, y sigo procurando olvidarme del porvenir, acordándome de lo pasado y escribiendo de mis recuerdos lo que de ellos en vida puedo escribir para entretenimiento de desocupados o de mujeres curiosas; porque pensar que nadie ha de escarmentar en cabeza mía, ni a nadie han de convencer mis razones, ni interesar mis delirios, ni desvanecer las calumnias, ni acarrearme amigos, que por más que me quieran me sirvan de algo, no me ha pasado jamás por la cabeza; y si alguna vez me hubiera ocurrido, tiempo he tenido de ver mi pasajera ilusión disiparse como el humo para no volver.

Don Manuel Calvo, asombrado de verme trabajar doce horas sin interrupción, en aquella isla donde el trabajo es por el clima centuplicadamente penoso y abrumador, comer distraído, no contar el dinero y no procurar ni descanso a mi tarea, ni placer a mi cuerpo, ni esparcimiento a mi espíritu, pensó, por mucho que me honrara a sus ojos la constancia de mi espíritu en el trabajo, que no era probable que lo soportara mi miserable naturaleza, me sacó del cafetal a la fuerza y me comprometió a ir los sábados a la ciudad, permanecer en ella el domingo, comer en el palacio del capitán general y asistir al teatro de la Opera, donde me abonó para que el espectáculo escénico, la música y la sociedad dieran lenitivo a mis pesares, ahuyentaran de mi cerebro las melancólicas preocupaciones y volvieran a mis miembros con el movimiento y el ejercicio su natural tensión y a su circulación mi sangre. Asistía yo como indiferente espectador y como des-

interesado curioso a aquellas ruidosas representaciones de la *Traviata* y de la *Lucía*, y baste para prueba de la situación de mi espíritu, saber que no puse los pies en el escenario, que el nombre del empresario me era desconocido, y que no crucé una palabra con ninguna cantante ni bailarina, no sabiéndose de mí en el teatro por dentro sino que alguna vez asistía al teatro por fuera, pagando mi localidad, cosas que hasta entonces no me habían sucedido ni en la extranjera, ni en mi patria tierra.

¿Era malo el espectáculo, artísticamente considerado hasta el punto de no excitar mi interés ni procurarme distracción un solo momento? Nada menos que eso: jamás he asistido a más interesantes representaciones, ni jamás en el teatro me han ocurrido consideraciones más trascendentales; y van a juzgar de ello mis lectores, si alguno tan benévolo me queda en [illegible] que me siga aún por entre los zarzales espinosos de mis enmarañados e infructíferos recuerdos.

No recibía yo periódicos, ni sabía ni me curaba en el cafetal de Calvo de lo que sucedía en el mundo: mi alegre escocés Ayrelie me había dicho que se divertía la gente mucho por aquel país; que todo era danzas y tangos de blancos y negros, que había por donde quiera diversión y jaleo, que la Habana era un bullicioso y universal Belen los días de fiesta y que, sobre todo, en el gran teatro de la Opera, la competencia de dos artistas y los bandos en que el público por ellas se hallaba dividido, daban a las representaciones el atractivo del entuviasmo y la importancia de solemnidades; y fui al teatro, porque Calvo me hizo ir y porque me lo aconsejó como conveniente la familia del capitán general marqués de la Habana, a quien debí las más delicadas atenciones y las consideraciones más afectuosas.

La primera noche que asistí daba la *Traviata* la Gazzaniga: no es la *Traviata* una partitura de mi predilección, ni Verdi mi maestro favorito, ni me pareció la Gazzaniga una cantante tan merecedora de aquellas flores con que al salir la recibieran, de los continuos y estrepitosos bravos y aplausos que durante toda la representación se la prodigaron, ni de la ovación y quintuple llamada final con que se la dieron las buenas noches. Supuse que había alguna circunstancia personal que la hacía particularmente estimada en la Habana, alguna enfermedad de la cual milagrosamente había escapado, algún beneficio dado por ella a favor de algún objeto popular o simpático en la Isla, sus relaciones, en fin, con personas en ella queridas o influyentes; algo en resúmen, que avalorara y enalteciera sus dotes artísticas, que a mí me parecieron en mi primera audición en visible decadencia: la voz ya ligeramente velada por el cansancio, las maneras un tanto vulgares y un amaneramiento pretencioso, como de niña mimosa, sobre el proscenio: y ya no era niña la Gazzaniga.

Plúgome mucho, sin embargo, que fuese tan aplaudida, porque no me gusta que el público desaire ni acose a los cantantes, cuyo arte es el que necesita para su ejecución más serenidad y confianza; y pensaba yo que valía más que los artistas extranjeros llevaran, al volverse a su patria, una idea exagerada de su galantería y benevolencia española, de su exigente e inapelable severidad; y pasé, sin dificultad, por los calurosos aplausos a la Gazzaniga, sin darme cuenta de la razón de la parcialidad de sus entusiastas admiradores.

A la siguiente representación tocaba poner en escena la *Lucía* a la Gassier, española que llevaba el nombre de su marido, al uso de Francia, y tras el cual se me escondía una muchachuela, a quien había visto estrenarse (aún no se debutaba) en el teatro de la Cruz, que era su apellido. Cruz se llamaba, no sé si de apellido o de nombre, y no sé si sería cruz para su marido en el matrimonio; pero me pareció, a su presentación, una Cruz muy agradable de abrazar y una voz deliciosísima de oir. La Cruz conocida mía, transfigurada en la Gassier, era trigueña, redonda de cara y de formas, rica de pecho y de cabellera negra, riza y profusa; cejas bien acusadas, ojos tan iluminados que relampagueaban, y con unos brazos olímpicamente modelados que remataban en dos manos pequeñas y llenas de hoyitos, compañeras de un par de pies, por los que deliran Méjico y Andalucía. No era hermosa ni punto menos: pero tenía el atractivo exterior, los efluvios

vitales y simpáticos de las feas que matan a celos y quitan los amantes a las hermosas.

Saludaron su presentación en la escena nutridos aplausos, en los que no tomaron parte ninguno de los que a mi alrededor estaban, y a quienes había visto la noche anterior energúmenos por la Gazzaniga. Cesó el aplauso y lanzó la Cruz en el espacio las primeras notas de su garganta: su voz fresca y vigorosa, extensa y flexible, parecía timbrada en el cristal y templada en el agua, como las espadas de Toledo: vibraba en el tímpano y en el corazón, y su marido, que era un gran barítono y un gran actor, había perfeccionado su escuela y su acción: era la Cruz Gassier una cantante y una actriz: al concluir de cantar, el aplauso fué espontáneo y universal, pero en las butacas de mi alrededor no se rompieron los guantes al marcar dos palmadas que no lo parecieron porque no sonaron. Parecióme la Gassier muy superior a la Gazzaniga; jamás había oído la parte de *Lucía* tan magistralmente cantada; pero la Gazzaniga era siempre superiormente aplaudida. ¿Qué había entre aquellas dos mujeres?

La politica americana. La Cruz representaba y era sostenida por los españoles: la Gazzaniga representaba las estrellas de la bandera yankée: los separatistas, los filibusteros, Cubita libre.

La noche del beneficio de la Gazzaniga sus partidarios la ofrecierón muchas alhajas y un arpa (cantó la Saffo) de plata, con las cuerdas de oro y las virolas de brillantes.

A la Gassier se la ofreció en el suyo: en el primer entreacto una cartera vieja en una bandeja rota, pero que contenía 25.000 duros en billetes; en el segundo entreacto 12.000 duros en que los españoles dotábamos a su hija de ocho años, y en el final hasta las cuatro mil onzas.

Así estaba el teatro de la Habana cuando fuí yo a Cuba en 1859.

II

El estado del teatro era genuina expresión del estadó de la isla. Acababa de ser duramente reprimida y sangrientamente castigada por el capitán general una atrevida expedición filibustera; del Liceo habían desertado las familias principales y ricas, aristocracia del país; y ante una sociedad muy mezclada y poco conocida, cumplí yo mi compromiso de hacer seis lecturas: que aquellos nuevos socios oyeron casi con impaciencia por bailar en seguida aquellas habaneras, un poco emparentadas con el tango y la sopinpa que por entonces se bailaba: y apercibido, en suma, de aquel estado de la Isla, me resolví a pasar por ella como un viajero casi desconocido, rehusé todas las ofertas, casi todas las invitaciones que se me hicieron; limité mis relaciones a dos o tres familias españolas, y de la Capitanía general al cafetal de Calvo y de éste a casa de Isidoro Lira, que me hospedaba en la ciudad, me pasé seis meses sin ver más que los árboles del camino y los buques del puerto; tragando y digiriendo como pude, en la soledad y en el trabajo, la amargura del tránsito y de los pesares con que hilvanó Dios los días de mi existencia, sin duda por pecados míos y de mis padres.

Dejando, pues, a un lado mi juicio sobre la situación política, y mis ideas personales sobre nuestra posesión de la perla de las Antillas, voy a dar por *últimas hojas traspapeladas de mis* RECUERDOS las de una extraña historia, cuyos pormenores en mi memoria guarecidos surgen hoy por haberme venido a las manos, entre los papeles de mis legajos, la papeleta de defunción de uno de sus principales protagonistas.

Es una historia difícil de narrar y no muy fácil de ser comprendida, a pesar de tener por base nuestra creencia católica y la fe del catecismo; pero como esto de la fe es hoy como el honor, que cada nación, cada raza, y tal vez cada individuo lo entiende a su manera, lo toma por la parte que se lo dan, y lo profesa y acata segun el prisma a través del cual lo mira, más puro o más descompuesto por la luz de su educación, la niebla de sus supersticiones o las tinieblas de su ig-

norancia, siempre resulta que en todos los corazones hay un fondo de creencia y de honra, desde la vírgen inocente y casta que aspira a la santa beatitud en el silencio del claustro, hasta la infame ramera arrojada al lodazal del vicio y del crimen por un hombre que, más infame que ella, pervirtió su alma y prostituyó su hermosura para comerciar con ella.

Estas dos criaturas, que son a mi juicio las más repugnantes y las que menos honran al Criador, quien no crea ninguna tal sino la sociedad que las malea y corrompe, llevan sobre sí, usan o guardan en algún rincón un rosario, un escapulario, una cruz, algo en fin, que les recuerde la chispa de una fe; el albor de una creencia, la remota pero imborrable idea de un Dios y de un honor, de quienes se acuerdan, por quienes juran y a quienes acuden algún día, siquiera sea en la última hora de una existencia, de cuyos días no han podido o no se han curado de darse cuenta, hasta que al abandonarla se les presenta reducida a un punto de sombra en el pasado, y una chispa de la luz de la esperanza en la eternidad.

Y ese es Dios, porque Dios existe, y a Dios se le ve en todas partes, y el hombre que, por sabio o por impío, por maniaco o por bestia, se empeña en negar a Dios, le ve dentro de sí mismo cuando cierra los ojos, y le confiesa cuando le niega; al pensar en El, al negarle, ya duda, y si duda... teme, y si teme que Dios exista, ya cree en El. Dios es Dios, como dicen los árabes; y yo comprendo todas las rebeliones de la humanidad, todas sus dudas y todas sus resistencias a todo lo escrito y a todo lo establecido, porque toda ley y toda institución humana son susceptibles de error, de vicio y de tergiversación; pero no concibo la negación de Dios, y sobre todo la necesidad ni el empeño sistemático de negarle.

En un album que me presentaron en no sé bien qué población de Cataluña para que en él escribiera, hallé una página con estas palabras:

«El hombre no será hombre mientras Dios sea Dios.»

Tal proposición, que me arrancó una espontánea carcajada, estaba firmada por mi amigo Suñer y Capdevila; porque yo soy amigo de Suñer desde que le conocí al volver de América en 1866; vivimos en Barcelona en distintos pisos de una misma casa; y a Suñer le sucede con Dios lo que a don Quijote con la andante caballería; Suñer es un hombre sincero, servicial, honrado, buen padre y amantísimo de su familia; buen amigo, leal compañero y de simpática sociedad y amena conversación; pero está contra Dios, y se emperra en vivir en continua pelea consigo mismo, como un monomaníaco que se empeñara en desprenderse de su propia sombra; y cuando escribió «el hombre no será hombre mientras Dios sea Dios,» con el verbo *ser* afirmó, en vez de negar, la existencia de Dios, y estampó una inexplicable e incomprensible paradoja, parodiando las de Victor Hugo, que las tiene extremadísimas.

Tengo yo para mí que mi amigo Suñer, cargado de ver a Dios tan traido y llevado por calles y callejones, por libros y por periódicos, puesto tan continua y malamente por encubridor de ambiciones mundanas, de extravagantes hipocresías sociales, y de cábalas y bribonadas políticas, ha dicho: «Hay que regenerar esta sociedad, que tan sin ton ni son mete a Dios en todo y para todo; con que ¡fuera Dios!» Y no quiere Suñer oir hablar de Dios, porque no le ve en medio del tumulto que levantamos por Dios los que en El creemos y los que en El se apoyan para vivir bien a su sombra sobre esta tierra de María Santísima.

¿Y a qué viene toda esta estrambótica digresión, y qué tiene que ver con Dios y con Suñer la mulata del juramento? habrá ya dicho tal vez algún lector.

Pues, como dice un refrán, que por todas partes se va a Roma, puede que por la churrigueresca portada de esta excéntrica digresión, hayamos entrado lógicamente en materia y demos a vuelta de hoja con mi mulata y su juramento.

III

Todas las noches que al teatro de Tacón asistía en la Habana, ocupaba yo una butaca de esquina central, y tenía cuidado de ir a la hora justa, para no lla-

mar la atención entrando ya la representación comenzada; y todas las noches, ya comenzada, entraba en un palco central una hermosísima criolla, de un poco más que mediana estatura, de busto y brazos esculturalmente modelados, ojos negros, luminosos y ricos de pestañas; de tez pálida y un si es no es esmaltada con ese tinte cobrizo con reflejos de oro que irradia la piel de algunas mujeres de los climas tropicales. Con aire señoril y desdeñoso, lujosamente vestida, caprichosamente peinada y ostentosamente cargada de anillos y pedrería, sentábase aquella encantadora muchacha en un palco de cara al público, y apoyaba en el rodapie, calzados de raso blanco, los dos pies más pequeños y provocativos sobre que ha podido presentarse en teatro español bailarina malagueña, ni alma tunecina en café marroquí o serrallo de Constantinopla. Era aquella una criatura de las que echa el Criador a la tierra para perdición ó desesperación de algún hombre, para gala y asombro de algún país; pero era una belleza cuyo atractivo era todo material, y despertaba todas las sensaciones, todos los deseos, todos los apetitos de la pasión, pero hablaba poco el alma; electrizaba el sistema nervioso, pero no poetizaba el espíritu; no excitaba los sueños respetuosos, los delirios castos de un primero y juvenil amor, sino el ánsia nerviosa, la rabia concupiscente de una pasión fogosa que no acepta obstáculos.

El rojo encendido de sus sensuales labios, sobre los cuales pasaba de cuando en cuando su lengua fina para librarlos de la sequedad de una atmósfera de cuarenta grados, el casi imperceptible bozo que apenas la sombreaba el superior, los dos hoyuelos que cavaba en sus mejillas, un mohín graciosísimo e indescriptible que hacía al sonreir y al romper a hablar, el vello finísimo, perceptible sólo con los gemelos, de sus desnudos brazos, las curvas voluptuosas de sus formas ligeramente acusadas bajo sus ligeras vestiduras, y el aplomo con que se exponía a ver y a ser vista, sin miedo a la más insistente contemplación, ni a la inspección más minuciosa; persuadida sin duda de su perfecta y atractiva belleza, la constituían en espectáculo de los entreactos y en distracción durante las representaciones de los que al alcance de la vista la teníamos.

Era el ejemplar más castizo de esas seductoras y apasionadas hermosuras cubanas que han hecho perder, primero el juicio y después la ilusión, y alguna vez, al fin, la paciencia y los estribos a muchos europeos que no han sabido resistirlas.

Pero no se imagine nadie por lo dicho que aquella primorosa criolla era una muchacha descocada y audaz, provocativa o despudorada, no; aquella firmeza en el mirar, aquella serenidad en el presentarse como exponiéndose, era sencillo, digno, natural en ella, como en las frutas y los árboles de su país tropical es natural la exuberancia de hojas, lo jugoso de la sustancia, lo activo del dulce y lo subido del aroma.

Era una hermosísima criatura, en la cual fijaba yo mil veces los ojos en aquel teatro, y con cuyas miradas se cruzaban mil veces las mías; cuando yo la miraba con unos gemelos de poderosos cristales que me prestaba el malogrado Isidoro Lira, creía yo ver salir y respirar el aliento de su boca, y percibir las perfumadas emanaciones de su cuerpo cargada de esencia de rosa; pero entre aquella mujer y yo no había simpatías ni atractivo alguno; no había más que la curiosidad, en mí de su hermosura, en ella de mi celebridad y de mi enlutada figura, porque yo vestía constantemente mi sombrío y siniestro luto. Había además entre ambos un motivo pueril de enojo en el pasado, y un instinto presentimiento antipático para el porvenir.

IV

Tenía en la calle de la Muralla una tienda, variada y ricamente surtida de esos objetos múltiples que constituyen lo que, traducido bárbaramente del francés, ha dado en llamarse *bisutería*, un tal Corugedo, cuya tienda estaba bautizada con un título algo extravagante, y que aquél giraba bajo la razón social de *Corugedo hermanos*. Uno menor tenía consigo a quien paternalmente aleccionaba para de-

jarle su floreciente comercio, antes de volver a establecerse y morir en la provincia de España, en la cual habían ambos hermanos visto la luz, creo que en las Asturias.

Y este Corugedo, el mayor, es uno de los hombres a quienes Dios me ha hecho encontrar sobre la tierra para enseñarme a estimar a la humanidad, a respetar la honradez y a despreciar mi miserable ingenio, que no ha sabido más que meter ruido sin utilidad de nadie, empezando por mí.

Recorriendo una tarde la ciudad con un corredor español que me la enseñaba, díjome éste que había por allí un comerciante que no se atrevía, aunque tenía gran deseo de ello, a invitarme a su mesa, porque temía que yo no aceptara su invitación, descendiendo desde el olimpo de los palacios y salones de los personajes por quienes, andaba yo festejado, a su humilde trastienda, como él llamaba a la vivienda que tras de su mostrador tenía escondida.

Cuál fué mi asombro al encontrarme en su interior una biblioteca de miles de volúmenes, adornadas sus paredes con los retratos de Ercilla, Quevedo, Lope, Calderón y todos los que forman la colección grabada que publicó la Academia Española, más los del duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Espronceda, conde de Toreno, etc., recogidos de las ilustraciones modernas. Tenía allí el buen Corugedo ánforas, armas y antigüedades por él recogidas, y tras de aquel salón-biblioteca dos cámaras de dormir, frescas, enfloradas, coquetas, con todo el confort inglés de las modernas instalaciones.

Pero lo que más me asombró de hallar, entre aquel interior del hombre estudioso e inteligente y aquel mostrador y anaquelería de mercader, cargados de chinescas e inglesas porcelanas y argentería y diamantes, fué la sencilla modestia de aquel asturiano, de exterior vulgar, que me contaba, complaciéndose en tales recuerdos, como había desembarcado en la Habana, sin más que lo puesto, cómo había dormido la primera noche en el pórtico de una iglesia, por no haber encontrado a un paisano para quien traía una carta de recomendación, y cómo, arrostrando trabajos y devorando afanes, cuarto a cuarto, peseta a peseta y duro a duro, a fuerza de aceptar arriesgadamente y cumplir casi por milagro plazos y compromisos, había cimentado el capital y el crédito que aquel almacén y su razón social representaban. El orden y la limpieza con que tenía colocados y clasificados todos los heterogéneos artículos de que su comercio se nutría, demostraban, como su biblioteca, comprada libro a libro, todo sin un átomo de polvo ni una empañadura de humedad, la honradez jamás desmentida y la tenacidad perpetua, con las cuales aquel hombre había logrado hacer al par, por sí solo, su fortuna y su educación; porque aquel hombre había leído y sabía lo que decían todos aquellos libros suyos: el P. Feijóo, el P. Mariana, César Cantú, etc., y todos los setenta tomos de los clásicos de todos los países, publicados hasta entonces, de la colección Bandry, en donde halló y se enamoró de mis versos, por los cuales me tenía por uno de los primeros hombres del mundo. Jamás pude convencerle de que él valía más que yo, puesto que más que yo poseía, y que mi gloria no era más que un zumbido tenue, como el del mosquito, y un resplandor efímero como el del relámpago. Jamás pude obligarle a suprimir el respeto y las deferencias con que me trataba ni pude jamás manifestar ante él un deseo ó una necesidad que no me realizara o no me cubriera. Hablé de sustituir con cerveza el agua de la Isla, que no me sentaba, y me envió un tonel de 200 botellas de la mejor de Inglaterra: oyó decir que no cazaba en el cafetal porque no tenía armas, y me envió una finísima escopeta belga con todos los arreos de caza, y por él y en su casa nació la ojeriza con que me miraba con sus gemelos la hermosa criolla del teatro de Tacón.

Trabé yo, pues, con Corugedo una amistad sincera y por mí agradecida, aunque poco cultivada por la ausencia de la ciudad, a que me obligaba y en que me tenían mi asiduo trabajo y mis íntimas pesadumbres; pero no dejaba de pasar media hora en su tienda, o de almorzar con él en su almacén, siempre que del campo volvía a la ciudad.

Gozábame en registrar sus escaparates, en admirar los caprichosos diles y

valiosas joyas que en ellos encerraba y en preguntarle su uso, su precio, su origen y su historia. Un día tropecé con un estuchito de nácar que encerraba un anillo:

—¡Precioso topacio!—exclamé al ver dentro el que me lo pareció, orlado de brillantes blancos.

—Mírelo usted bien a la luz, que no es topacio—me dijo Corugedo.

Era un brillante rojo brasileño. Son raros, y recordé que eran muy estimados en Méjico, y que había una persona de familia a quien debía yo favores que de uno de ellos tenía antojo; pregunté a Corugedo el precio del suyo: registró su libro y respondió:

—Factura del Brasil, cincuenta onzas.

Contemplé y admiré, y alabé la piedra, pero volví a colocar el anillo en su estuche y la cajita en el lugar en que la había hallado.

Días más tarde, un sábado, iba yo a despedirme del buen asturiano después de haber almorzado con él, cuando una volanta, chapeada de plata, tirada por dos caballos castaños, conducidos por un negro vestido de grana y galoneado de oro, paró a la puerta. En la volanta venía la hermosa criolla del teatro de Tacon, toda de blanco, calzada con chapines de seda como en *deshabillé* de mañana, pero toda cubierta de encajes, y exhalando aromas, necesarios a las morenas en tan cálidos países. Vióme y la vi; pero como no había porqué decirnos nada, yo me senté tras el mostrador a hojear un libro ilustrado, y los dos Corugedos fueron llevando cajas y compartimentos de sus escaparates para que escogiera lo que a buscar venía. Las señoras no se apean allí de sus carruajes para entrar en las tiendas a hacer sus compras. Pidió, buscó, revolvió, desdeñó, apartó, desechó y regateó muchos objetos: y dejando marcados los por ella elegidos, partió sin dar su tarjeta, ni las señas de su casa; era sin duda parroquiana o conocida de los comerciantes, y curioso yo de saber quién fuese, pedíle de ella noticias a Corugedo.

No sé más, me respondió éste, que lo que se dice: es hija única de un cubano que heredó un cafetal a medias con una hermana, y hoy es una buena finca que posee solo por fallecimiento de su coheredera. La finca dicen que produce de 60 a 70.000 pesos, y ha vivido en ella y a su cuidado hasta hace dos años, que se estableció con su hija en la ciudad en casa que compró. Se cree que tiene una suma fuerte, impuesta, en un Banco de Inglaterra o de los Estados-Unidos, fruto de los ahorros de diez años suyos y de su difunta hermana, que fué siempre avara y murió doncella. Esta tuvo mucha predilección por un hijo de un primo, que se pasó la vida conspirando contra el gobierno y que murió emigrado en Nueva-York; y parece que la tía quería casar a este primo segundo con esta muchacha, para que toda la hacienda quedara en los dos chicos que son los últimos individuos de la familia. Hasta hace año y medio todo marchaba por este rumbo; pero el padre, que desde que se vió sólidamente acaudalado, echó ambición y vanidad sin saber en qué fundarlas, ha pensado en un matrimonio de esta muchacha que sea más ventajoso para él, satisfaciendo las aspiraciones de su orgullo y su fortuna se lo ha deparado. Un joven de la nobleza de España, cuyo padre tiene grande influencia en Palacio, vino a Cuba con una misión secreta e importante para el capitán general, y a recoger al propio tiempo un puñado de miles de duros que le dejaba aquí un togado, que murió viudo después de veintidos años de permanencia en la Isla.

El joven de Madrid, que desde chico anduvo en la carrera diplomática, se enamoró de esta criolla; procuró al padre no sé qué cruces y bandas de España, de Roma y de Nápoles, y el mes pasado se volvió a Madrid para arreglar sus papeles, y tornar el que viene a casarse en el de Mayo. Al padre le atribuyen los chungones la pretensión de convertir el cafetal en condado y titular; pero no es probable ni que él se desvanezca tanto, ni que tanto pueda en Madrid el novio; que por otra parte, pasa por el más cumplido caballero que ha pasado el mar. Esto es todo lo que se dice, y tal como se dice se lo digo a usted, sin salir garante de nada. El padre y la hija andan, como los ve usted en el teatro, muy fachendo-

sos; aquí, en mi casa, compran continuamente; pero la chica regatea siempre; ha sacado, por lo visto, algo de la tía doncella; por cinco onzas ha rehusado el brillante del Brasil; y la verdad es que no he querido rebajarla una de sesenta y cinco que la pedí, porque he visto que a usted le gusta, y prefiero que usted lo lleve a Méjico; le servirá para hacer un buen regalo.

Calló Corugedo, y ofrecióme el estuchito de nácar.

—Es muy caro para mí—le dije.

—No tiene usted que desembolsar una peseta; yo comercio en todo; páguemelo usted en libros, y aún ganaré.

Velis nolis, me hizo un pedido de libros, disparejo del valor de su joya, y me metió el anillo en el bolso.

Yo soy tan tonto como otro cualquiera, y al día siguiente, domingo, llevé el brillante en el dedo al teatro.

Al fijar mis gemelos en la hermosa criolla, las facetas de la piedra descompusieron la luz de la araña, bajo la cual tenía yo mi asiento, y pintaron nueve chispas de luz en el espejo que había en su palco; tomó ella sus gemelos, y reconoció el anillo; frunció el entrecejo, y mi vanidad pueril me atrajo sin duda una mujeril enemistad.

V

La de aquella criolla no pasaba de una historia vulgar; como otras mil, su padre, hombre vulgar, adquirió vanidad con el dinero; y como cualquier otro padre vulgar, pensaba en casar a su hija con quien por ella le diese honores, y por su influencia en la corte, relaciones y posición, que el dinero sólo no suele dar; a no que sea tanto, que su poseedor se convierta en becerro de oro y sea por consiguiente adorado. Padres como el de la criolla he conocido muchos; becerros de oro, algunos; y alguno que, a pesar de su oro no pasaba de becerro.

Que la hermosura de la chica hubiera fascinado al joven de Madrid, y que por ello la chica tuviera vanidad en exhibir aquella hermosura que había conquistado aquel buen partido, con envidia y despecho de otras muchas, que probablemente se creerían de él desahuciadas por ella, era la cosa más natural en el modo de ser de nuestra sociedad.

Que el primo segundo, a quien para marido de la chica destinaba la difunta doncella, viéndose pospuesto al forastero, odiase al español y rumiara allá en sus adentros una venganza más o menos positiva, hija de su casi justo despecho, no pasaba tampoco de una de esas vulgaridades de que la vida social se compone; y yo leía todas las noches, desde que me la contó Corugedo, las breves páginas de aquella vulgar historia en las tres figuras que llenaban el palco de aquella seductora Venus cubana; el padre, erguido y grave, y el primo, pálido y de ojos inquietos y recelosos.

Pero he aquí un ejemplar del extraño modo de ser de los poetas que lo vemos todo a través de nuestra fantasía, prescindiendo casi siempre de la lógica y del sentido común. ¿Qué tenía para mí aquella hermosísima criolla, que el cuadro de tres figuras de su palco estaba como fotografiado en mis ojos, y flotaba sin cesar en el vacío de mi imaginación? Me estorbaba para trabajar la imágen de la criolla; me faltaba tiempo para llegar temprano al teatro; cuando ella tardaba no podía yo atender a la representación, inquieto como si sobre espinas estuviera sentado; y hasta que ella entraba en su palco no me parecía a mí que había nadie en el teatro. ¿Era la simpatía en que empieza a germinar el cariño, que es el soplo que aventa la ceniza que cubre el incendio del amor? No; en aquella adorada Vénus de Milo, la materia, la carne palpitaba demasiado bajo su piel aterciopelada, y bajo sus formas demasiado redondas irradiaba un calor demasiado concupiscente; no era el suyo el tipo de la mujer que yo imaginaba para el amor; yo he simbolizado en la doña Inés, de mi don Juan, la mujer toda espíritu, que da su alma por el que ama; que no podría dar un beso a su amado sin transmitirle su alma

por los labios; y aquella sin par y hermosísima criolla era una huri de las que pobló Mahoma su paraíso de deleites carnales; y el amor no podía adorarla como ángel de luz, antes de hallársela entre los brazos ángel caído por el pecado; aquella mujer no era más que pecado; vehemente, delicioso, irresistible, capital como el de Eva; pero un pecado sólo de la materia, y yo he pecado siempre con el espíritu; y sin duda mi espíritu se rebelaba a no hallar en aquella mujer más que la materia, y luchaba por darla un espiritualismo, una importancia poética, que o no tenía ella, o escapaba al análisis poético de mi espíritu.

¡Cosas de los poetas! En cuanto damos con una mujer bonita, ha de ser una heroína de novela, una misteriosa ondina de una balada, o nos damos por engañados, vendidos y arrastrados por la tierra entre los gusanos y el polvo.

Un día de fiesta daban por la tarde una opereta bufa las segundas partes de la compañía; función de muchachos, negros y amas de cría. Quise conocer aquel público especial, y mandé reservarme mi butaca; pero no me apresuré para ir, puesto que no esperaba encontrar en semejante fiesta a la orgullosa criolla. Me había equivocado: estaba ya en su palco, cuyo fondo y personajes formaban un cuadro risueño y encantador, completamente distinto del serio y almidonado de las representaciones de la noche.

La criolla había venido sin su padre; su primo se apoyaba en el respaldo de su sillón, risueño, decidor, galan con su prima; no parecía sino que había tenido carta del español anunciándole que no volvía, y que podía recobrar sus derechos. En un asiento más bajo, casi a los pies de la criolla, jugando, riendo y saltando de gozo, asistía a la representación la más preciosa criatura que ha nacido de mujer; una *mulatica* de diez y seis años, de boca fresca y sensual, de ojos saltadores, de inquietud de ardilla y de hermosura y formas incomparablemente provocativas. Llevaba un pañuelo rojo, de seda, coquetamente anudado al rodete; encuadrando su frente una espesa corona de rizos naturales, bajo los que chispeaban los dos ojos más juguetones que se miraron jamás en los cristales del Darro y del Guadalquivir. Con esa audacia de la mujer de los climas cálidos, había anudado a su cintura el chal ligero que sobre sus hombros traía; y bajo una simple camisa de batista, orlada de encajes, dibujaba con sus movimientos el pecho firme que nunca había oprimido corsé, mostrando desnudos desde el hombro dos brazos perfectísimos, que tal vez tampoco habían nunca cubierto mangas. De estos brazos se servía aquella criatura con una gracia que no cabe en explicación, dándolos un arqueo y unas ondulaciones como los cisnes a su cuello y las panteras a su cola. Sus ojos inquietos acudían a todo, y las ventanas rosadas de su nariz aleteaban al respirar; había algo de la raza felina en aquella muchacha, y en la suavidad con que besaba la mano y se frotaba los carrillos contra los brazos de su señora, y en la rapidez y flexibilidad con que sus manos jugaban con las borlas del ceñidor de la criolla, había algo de los gatos chiquitos entre cuyas manos entrega su madre un ovillo. Hacía ya diez minutos que se había concluído el acto, y no perdía yo, encantado, gesto ni movimiento de aquella mulata tan incomparablemente graciosa.

Y no vaya a figurarse lector alguno al leer *mulata* una mujer hocicona, chata y cobriza: la mía era blanca y rosada; sólo un ojo de capataz podía apercibir alguna suavísima tinta parda en las comisuras de sus labios, en las ventanas móviles de su nariz o en el arranque fino de su pequeña, recogida y delicada oreja; signos a veces imperceptibles para ojos de europeo que no ha habitado largo tiempo aquellas regiones, donde los individuos de la raza humana están clasificados como los caballos y los perros de caza. La naturaleza se complace en producir una de estas criaturas en una estirpe de monstruos, como tiene el capricho de hacer brotar una mata de fragantes azucenas en un fétido pantano.

Estas mujeres son muy apetecidas y buscadas por los viciosos, los libertinos y los viejos extragados por los excesos: yo no he tenido tiempo de estudiarlas; pero las pocas que he conocido me parecieron, más que hijas de nuestra engañada madre Eva, de la serpiente que la engañó.

La de esta historia era una criatura preciosa, de la cual no se podían apartar

los ojos, una vez fijos en ella; porque la figura de sus facciones, la proporción de sus formas y la gracia infinita de su mirada, su sonrisa y sus movimientos, atraía y encantaba; ella lo sabía, pero aparentaba con tal naturalidad no saberlo, que todo parecía en ella expontáneo, siendo todo artificial; nada escapaba a sus ojos ni a sus oidos de cuanto en su derredor sucedía, y juzgaba con la más calculadora exactitud el más mínimo efecto que producía en los que la contemplaban. Una gata que escondía las uñas: tal me pareció la primorosísima mulata.

Al concluirse el espectáculo, me aposté en el vestíbulo para verlas pasar; ellas esperaron a que se aclarara el montón de gente que se precipitaj por salir pronto, y tal vez a que se formaran las dos filas de curiosos impertinentes que pasan revista a las mujeres en estos pasos, para atravesarla y salir en triunfo: vanidad mujeril excusable en las hermosas. En el umbral del pórtico dí con el doctor Zambrana, que aguardaba parte de la familia que había enviado a la función de la tarde, y juntos vimos aparecer a la desdeñosa criolla, seguida de su aceitunado primo y de su primor de mulata. Acercóseles su volanta; adelantóse Zambrana y dió a la criolla la mano para tomar el estribo; sentóse el primo a su izquierda, y trepó al taburete central, y se acurrucó a los pies de su ama la mulatica, como si fuera una de esas diminutas galgas inglesas que parece que de finas se transparentan.

—Adiós, doctor—dijo la criolla.

—Adiós Olimpia—la dijo Zambrana saludándola.

Y partió la volanta como el carro del sol en el cuadro de Guido Reni, entre un destello de luz y la bocanada de perfumes que exhalaron los vestidos y los ramilletes de aquellas dos mujeres; de las cuales me dijo Zambrana con el guiño, la acción y el dejo peculiares de los habaneros:

—Compadre, de eso no hay por allá.

—En verdad, doctor, que son dos criaturas preciosas—respondí,

—Y que puede que se las lleven a Madrid; porque en el paquete próximo viene el prometido de Olimpia, y es natural que quiera enseñar la corte a su novia,

—¿Y quién es él?

—Pues usted debe de conocerle: él habla de usted y de su padre, y es todo un caballero y un buen mozo.

—¿Cómo se llama?

—Leandro Núñez de Valdenebro.

La sombra indeterminada de una reminiscencia confusa obscureció un momento mi memoria. Uno de los pliegos cerrados que el difunto Cagigas me dejaba, estaba sobreescrito con este nombre, y varios Valdenebros cruzaban por mi mente entre los recuerdos de mi niñez.

—No caigo, doctor—le dije al fin—; pero es posible: cuando vuelva lo veremos.

—Si entretanto quiere usted que le presente a Olimpia y a su padre...

—Ya encontraremos ocasión: aunque no sea más que por volver a ver a la mulatilla.

—Es un demoniejo, capaz de revolver medio mundo.

—¿Y cómo se llama ese precioso *chisgaravís?*

—Se llama María; pero la llamamos la Golondrina.

VI

Y se acabó la temporada del teatro, y me volví yo al cafetal de Calvo, y siempre, en medio de mi asiduo trabajo, me bailaban por encima de mis papeles y por entre las líneas de mis versos, las imágenes de aquellas dos incomparables criaturas que se llamaban Olimpia y la Golondrina.

Y muchas noches, en este intervalo inapreciable en que se flota entre la vigilia y el sueño, me ocurría preguntarme a mí mismo: «¿Quién será y qué tendré yo que ver con este don Leandro Núñez de Valdenebro?»

VII

Había pasado un mes, y con él habían pasado la Gassier y la Gazzaniga y las luchas del teatro, que se había cerrado o cuyo abono había yo dejado: no lo recuerdo ya. No se me cocía el pan, como vulgarmente se dice, por salir de Cuba y volver a Méjico, adonde me obligaba a tornar la palabra dada a Cagigas a la hora de su muerte: con cuya palabra estaba ligada la de entregar el pliego que con su nombre dejaba sobreescrito a aquel Leandro Núñez de Valdenebro, a quien, como a aquellas dos mujeres que con él andaban desperdigadas por mi imaginación, no había olvidado, pero a quienes el afán perpetuo de mi forzado trabajo no permitía ya entorpecérmele con su continua aparición.

Dejé un sábado el cafetal para entregar mis manuscritos a Isidoro Lira, y como Corugedo no me supiera decir nada de la criolla, que por su tienda no había vuelto, me ocurrió pedir de ella y de su novio noticias al doctor Zambrana, que era su médico. Fuíme a comer con él el lunes, único modo seguro de dar con él; mas cuando, suponiendo que no había indiscreción en preguntarle por Olimpia, puesto que era una de sus clientes, solté su nombre en plena mesa, ante su familia, el de la criolla le hizo fruncir el entrecejo, y vi con sorpresa que afectando una indiferencia completa me respondió: —«No sé de ella; puede que se haya ido al cafetal con su padre.»

Quedéme perplejo y como tonto en vísperas ante aquella evasiva del doctor, y más curioso y empeñado que nunca en averiguar en qué misterio estribaban la torpe inoportunidad de mi pregunta y la inesperada puerta de escape, por la cual se me había salido el doctor, dejándome sin respuesta. Generalizamos la conversación; y concluída la comida, y con el café aún en los labios, díjome Zambrana: «vámonos a su casa de usted, me leerá lo que ha traído para el Diario»; y me sacó de la suya, pero no llegamos tampoco a la mía. Al cruzar el paseo de Isabel II, donde ya no se paseaba nadie, no pude yo con mi impaciencia, y deteniendo al doctor, le dije: «comprendo que he cometido una torpeza; pero no comprendo por qué. ¿Qué hay, doctor? ¿El nombre de esa señorita Olimpia no puede pronunciarse en su casa de usted, ni delante de su familia?»

—Sí se puede, hombre; pues ¿por qué no se ha de poder? Lo que no se podía hoy en mi casa y en mi mesa era contar lo que sucede en casa de esa señorita Olimpia.

—Pues ¿qué sucede?

—Nada que no sea vulgar y que no haya sucedido ya cincuenta veces; pero que nadie podía esperar que sucediera por quien ha sucedido: lo que constituye en un villano *sin vergüensa* a un mozo de tan alta posición social como su paisano de usted don Leandro Núñez de Valdenebro.

—Explíquese usted, doctor—exclamé—. Yo tengo unido en mis recuerdos de niño y en mi conciencia de hombre con la honra y la caballerosidad el nombre de los Valdenebros: supongo que éste es hijo de alguno de los que yo estoy acostumbrado a respetar y a honrar; y aunque no le conozco más que de oídas, tengo para él un pliego de un hombre que no pudo conservar relaciones póstumas con villanos tan *sin vergüensa*, como usted supone a ese paisano mío peninsular.

—Que supongo ¿eh? Va usted a juzgar de mi suposición: el don Leandrito debió venir con el paquete de Febrero; pero no viene hasta pasado mañana con el de Inglaterra. Una carta ha venido en su lugar, que anuncia su llegada con todos sus papeles en regla, con el beneplácito de su familia, el permiso de su jefe el ministro de Estado, y la enumeración de los regalos y los honores que para el padre y la hija trae; expresando con vehementes y apasionadas frases su deseo de que su matrimonio se efectúe inmediatamente.

—Nada más natural, doctor.

—Aguarde usted, señor poeta; hay otra cosa más natural todavía, me dijo el doctor apoyando su mano derecha en mi hombro izquierdo.

—Ya—repliqué yo—; la alegría natural del padre y la hija: del uno, porque logra su ambición, y de la otra, porque se calza con el mejor partido que ha arribado a las Antillas.

—Pues es un calzado que la viene muy estrecho y no quiere calzárselo, y escuche usted: Mientras el padre y la hija leían la afectuosa carta del novio y la rica enumeración de los regalos, la GOLONDRINA, que estaba presente, comenzó a ponerse muy pálida, hasta que cayó en tierra con una convulsión. Acudieron a ella padre e hija, y la crisis nerviosa se resolvió en amargo y copioso llanto, entre quejas y exclamaciones y demandas de perdón, que concluyeron por alarmar a la hija y al padre, con el más desagradable temor del mundo.

En una palabra, hay cosas que los médicos tenemos que decir cómo se hacen, pronto y brutalmente; yo fuí llamado para reconocer a la *mulatica*, que está embarazada de cinco meses; y el padre de lo que trae en el seno es el don Leandro, a quien sirvió ella mientras estuvo hospedado en el cafetal. Esto es lo que hay.

Un mal pensamiento y una mala sombra acudieron a un tiempo a mi imaginación, pero no me atreví a revelárselos al buen doctor Zambrana, porque no tenía más base que mi loca fantasía.

Contemplábame con una sonrisita un si es no es burlona el doctor, y callaba yo abismado en mis reflexiones. El caso era tan vergonzoso como de difícil solución. Un hombre noble, que hospedado en casa de su novia, paga aquella hospitalidad deshonrando la casa y haciendo imposible el matrimonio a que aspira, prueba, en efecto, que es un villano; y además que es el más torpe o el más desvergonzado de los hombres, faltando a su prometida antes de que sea su mujer. ¿Qué mujer, no siendo como él desvergonzada y villana, ha de aceptar el porvenir que semejante pasado la promete?

Una consideración me absorbía sobre todo; y era la levadura que, fermentando allí hace ya muchos años, agria y afloja la unión y los lazos de fraternidad entre la Isla y la madre patria: el recuerdo de lo por mí visto en el teatro; la sonrisita y el tono del doctor Zambrana, quería decir en estilo cubano: ¿qué tal, compadre, qué le parece a usted lo que nos viene de allá?

Y yo me sentía de parte del español, como sentía al doctor de parte de la criolla.

—Doctor, le dije al fin rompiendo el mutismo en que estas reflexiones me habían sumido; usted tiene razón, hay hechos brutales que hay que revelar brutalmente; pero a mí no me caben juntas en la cabeza la brutalidad y la hidalguía de que tiene fama el Núñez de Valdenebro. Aquí hay algo que no alcanzamos todavía. Dejémoslo venir; y puesto que usted es el médico de la mulata y yo he de tropezar por un pliego que para él tengo con el don Leandro... dejemos que amanezca Dios y nos veremos las caras.

—Hay que ver la que él pone a la revelación de la mulata, dijo Zambrana.

—Esa y en tal ocasión es la que yo quiero ver; pero no sola; quiero otras caras enfrente de la de Valdenebro. Yo pienso dar la mía en este mal negocio, si el que ha de venir me la pide: ¿me promete usted, doctor, no negarme la cara si necesitamos de usted?

—Yo soy hombre que no la vuelvo nunca cuando una vez la doy, dijo gravemente Zambrana; y en esta cuestión entro con mi cara y mi conciencia; pero aquí, mi querido poeta, la cuestión, va a reducirse a la de aquel abogado, a quien viéndole divagar para exponer un caso semejante, dijo el presidente del tribunal—: Al hecho, señor abogado, al hecho.

Y el abogado, echándose por el arroyo, dijo—: El hecho, señor presidente, es un muchacho hecho y derecho; el que lo ha hecho niega el hecho; este es el hecho, y se echó a reir el buen doctor y poeta Zambrana.

—Pues bien, le dije yo. Del dicho al hecho... Doctor, dejemos venir a Núñez Valdenebro.

Y con un apretón de manos nos separamos; Zambrana, riéndose y negando con la cabeza se fué a ver a sus enfermos, y yo a corregir mis pruebas a la im-

prenta del *Diario de la Marina*, dando vueltas a un mal pensamiento que excitó en mí la preñez de la mulata.

La de siempre: cuidados ajenos mataron al asno. ¡Qué tenía yo que ver con aquellas gentes! ¡Quién mil diablos me metía a mí entre la mulata, el español y la criolla!

La fantasía, el espíritu del romanticismo, que en todo veía leyenda ó drama; tenía razón el doctor; el caso era de lo más prosáico y vulgar del mundo, y la solución iba probablemente a ser escandalosamente ridícula; pero yo soy el Quijote de los poetas, y en los más vulgares hechos se me ha antojado encontrar las más poéticas aventuras.

VIII

A no escribir un capítulo de uno de esos libros concebidos en el fango del vicio para glorificar la desvergüenza del pecado, que hoy se llaman obras literarias del realismo, no hay modo de relatar los vulgares hechos en que estriba la situación de los personajes de esta historia; que como tal y verídica y realmente sucedida, está naturalmente basada en la realidad de la verdad.

No sólo no faltara, sino que hubiera muy de sobra quien disculpara, y aun envidiara al que por mi preciosísima mulata se arrojara a un desatino y cometiera con ella un sabrosísimo atropello; pero no seré yo quien, adoptando la brutal claridad y la realidad repugnante del género de Zola, ponga desnuda a la vista del lector a la Golondrina, le haga aspirar las emanaciones animales de la mujer y excite bestialmente su concupiscencia con la exposición de su desnudez, para justificar la traición del amante y la alevosía del caballero, en la inconcebible conducta de Leandro Núñez de Valdenebro con su prometida la criolla y con su padre, cuando en su cafetal le hospedaron.

Si la mulata decía verdad, y solo ella debía saberla, el futuro esposo de su ama era el padre del hijo concebido en pecado, que ella en su seno sentía gestar y crecer; y antes de que un hijo legítimo naciera de aquel apalabrado matrimonio que a efectuar volvía Valdenebro, debía nacer en aquella casa el fruto del placer ilegítimo; la prueba irrecusable de la villanía del novio, del insulto hecho por él a la criolla, de la deshonra de esta si la aceptaba, y de la desvergüenza de su padre, sí, a trueque de unos efímeros honores y de una vacía importancia, admitía para su hija un marido que, mientras juraba amor y fidelidad a su hija, engendraba la deshonra del hogar doméstico en donde iba a establecerla.

La situación era inverosímil. ¿Qué pensaba hacer Leandro de la mulata y de su hijo? ¿Abandonarlos? ¿Reconocer al hijo y poner casa a la madre, a uso de la ley musulmana? ¿Conservar a ambos en la misma casa con su mujer? ¿Creía poder obligar a esta a aceptar tal bigamia ilegal y anticristiana, y tan monstruoso concubinato? Porque él volvía en el supuesto de llevar a cabo su boda con Olimpia, y anunciaba en su carta que traía todos los documentos legales necesarios para la ceremonia nupcial, y los presentes de la boda que anhelaba celebrar inmediatamente; insensatez absurda sin haber asegurado el silencio y la anuencia de la mulata, comprándoselos a fuerza de oro o haciéndola desaparecer de la escena por fuerza o por voluntad.

En esta situación, y en tales circunstancias, desembarcó Leandro en la Habana, sin hallar en el puerto a su novia para recibirle y abrazarle, ni mensajero o billete que de la razón de su ausencia le previniera, ni del lugar en que le esperaba le informase. Asombróse de tal conducta de Olimpia, y al saber que hacía pocos días padre e hija habían salido de la ciudad para el cafetal, supuso que no habían recibido su última carta, y que el laboreo de la finca, exigiendo en ella la presencia de su propietario, la hija había acompañado al padre: tomando, pues, la noche por forzado reposo, partió con sus documentos y sus regalos a la mañana siguiente para el cafetal de Olimpia.

A pesar de la discreción del doctor Zambrana, quien sólo conmigo había hablado del caso, y del interés que en el secreto tenía la familia criolla, los que de ello podían ocuparse se ocuparon, y en el círculo en que padre e hija vivían se propagó el escándalo.

¿Por quién y cómo? ¿*Vox populi*?...¡Quién sabe!

Yo había permanecido en la ciudad, y el nombre y la historia de aquel Valdenebro bullían sin cesar en mi mente, ocupando mi imaginación las móviles figuras de la criolla y de su mulata, del padre y el primo de la primera, y de aquel novio tan insensato cuyos hechos y cuyo caracter hallaba yo en completa contradicción. De las vidas ajenas me he preocupado yo poquísimo en la mia. No podía darme razón de la curiosidad y el cuidado que sentía por el recién llegado Leandro, hacia quien me arrastraba mi simpatía de español, y contra quien me predisponía lo por el hecho con la mulata para lo cual es preciso tener presente que hay en mí una repugnancia instintiva por las mujeres cruzadas como por los perros mestizos; y me molestaba, sin acertar lo a comprender, que un hombre tan bien educado, y de las cualidades, posición y circunstancias que la fama suponía a Valdenebro hubiera dado semejante resbalón y cometido tan inesperada sorpresa, de la cual creía yo capaces solo a aquellos hombres groseros que se enriquecen en un tendejón o en cualquier innoble tráfico, entre gente tabernaria, rufianesca, contrabandista y maleante, para cuyo gusto no hay manjar acre, en cuyas costumbres no entra nada delicado, ni alimento, ni manjar, ni bebida, ni mujer, ni palabra. Entre estos es la mulata una hermosura de gracia y atractivo carnal imponderable, pero con cuyo tipo no he podido yo nunca simpatizar. Hay gustos y gracias en nuestro continente y en nuestras islas, que jamás han podido contraer y que no me han seducido jamás, porque me han parecido solo degradaciones del gusto, degeneraciones de la gracia y pruebas lastimosas de la decadencia de épocas o de razas.

Lo mulato de allá es para mí como lo flamenco de acá; inconcebible e inaceptable. La mulata de allá es para mí como la gitana de un café flamenco de acá; en vez de cantar, aulla, en vez de bailar, patea, y en vez de cautivar con la hermosura y la gracia, excita el instinto brutal del macho con la desvergüenza provocativa de lúbricos movimientos y contorsiones lupanarescas. Pero vaya usted a oponerse al paso del tiempo y de la moda: mientras pasa, vamos pateando y aullando para arrullar el sueño de la vecindad; y ¡oléi y ¡venga de ahí! hasta que amanezca Dios y mañana sea otro día.

Y por esto no podía yo concebir en el español Valdenebro, ni perdonarle su pecado con la mulata: hermosísima criatura, si en la voluptuosa belleza de su cuerpo no hubiera habido un alma atravesada y mestiza como la sangre; opinión que no pasa de extravagancia de poeta excéntrico y estrafalario, cuya curiosidad excitaban un caso y unas personas con quienes ningún lazo les unía.

Por fin dí con el doctor Zambrana, con quien yo procuraba hacerme el encontradizo. Llevémelo a mi hospedaje en hora en que mi hospedador, Isidoro Lira, asistía a la redacción del *Diario de la Marina*; y a solas con él, y templando el calor con una botella de cerveza inglesa, de las del regalo de Corugedo, le dije:

—Doctor, yo deseo ver y entregar a Leandro Núñez de Valdenebro un pliego que para él tengo; pero temo cometer la menor indiscreción si, como es posible, me veo en la necesidad de intimar con él relaciones, ignorando a qué atenerme en las suyas con Olimpia. ¿Qué hay, pues? ¿Qué sabe usted y qué puede decirme?

—Lo sé todo, porque todo lo he presenciado—dijo el doctor—y todo puedo decírselo a usted, porque tal vez usted pueda sacar de él más partido del a que él quiere darse.

—Doctor—exclamé—tenga usted en cuenta que no es la mía meterme en negocios ajenos; sólo deseo saber el terreno que piso en éste, porque es de aquellos cuyo hilo pára siempre en una maraña.

—Usted hará lo que le convenga; pero después que sepa lo acontecido, no podrá usted dar traspié por ignorante.

—Diga usted.

—Yo soy médico y amigo de la casa; conozco a Olimpia desde muchacha, y puede usted suponer que he sido llamado como amigo y como médico en esta ocasión y con este doble título me hallaba en el cafetal a la llegada de Valdenebro.

—¿Y qué?

—Que sintiendo el carruaje en que venía, se abalanzó al balcón Olimpia, y al ver quién era, llamó a la Golondrina con un furioso campanillazo. Presentóse Valdenebro en la sala, seguido de dos negros cargados con cajas, que colocaron en los muebles, y apenas ellos idos y sentado Valdenebro, se le puso delante Olimpia, arrastrando con ella a la mulata, a quien arrojó a los pies de su novio, diciéndole:

—Tome usted; ahí tiene usted a su mujer; llévesela usted a Madrid y legitime a su hijo. Usted es rico y puede llevarla sin dote, y nosotros sus amos, no necesitamos su precio: llévesela usted de balde, y no vuelva usted a acordarse de una familia y de una casa de la cual escapa usted bien con no salir apaleado por un negro.

—¿Y qué hizo él? ¿Usted lo veía? Acaba usted de decirme que lo presenció todo.

—Tras de la vidriera del gabinete, y encargado de sacarle de la casa, de la cual salieron Olimpia y su padre para evitar toda discusión.

—Pues bien, ¿qué hizo él?

—Tomó y levantó la cabeza de la mulata entre sus manos, y la dijo mirándola:

—¿Que tú debes ser mi mujer, y que yo debo legitimar un hijo tuyo?

—Y tuyo—respondió la Golondrina, fijando sin vacilar sus ojos en los del hombre.

—¡Mío!—exclamó éste con el más natural y bien representado asombro.

—Tuyo—repitió ella—con promesa de libertad y palabra de matrimonio.

—¡Yo he dicho eso y he hecho eso!—dijo él.

—Eso has dicho y esto has hecho—respondió ella.

—No lo entiendo—exclamó Valdenebro, echando por tierra a la Golondrina y disponiéndose a alborotar la casa, a cuyo punto salí yo.

Y debe ser el más astuto diplomático y el más consumado cómico, porque yo le metí en mi coche en un paroxismo nervioso perfectamente sostenido.

—¿Tal cree usted, doctor?

—Estoy casi seguro de ello.

—Pues bien, doctor, yo dudo.

—Y lo comprendo: los poetas ven ustedes un drama o una novela tras los más vulgares acontecimientos; pero aquí estamos en lo del abogado: el que lo ha hecho niega el hecho: éste es el hecho.

—Pues, *¿y quién sabe*, doctor? Yo voy a llevar el pliego de Cagigas a Valdenebro. Acompáñeme usted a su casa, y preséntenos uno a otro.

—Con mucho gusto; vamos.

Y fuimos.

X

Costónos trabajo hacernos recibir por el apesarado Valdenebro, quien hacía cuatro días que en su aposento encerrado escribía y enviaba una carta diaria a Olimpia, de la cual no recibía contestación.

Era un mozo de veintinueve años, bien apersonado, de fisonomía aguileña, de

piel suavemente colorada, de ojos grandes y serenos, cabello rizo, cejas espesas y patillas inglesas; pulcra y correctamente vestido, tenía el tipo de esos gaditanos y bilbainos con pretensiones a ingleses, por más afectos al formalismo severo de Albión que a la inquieta ligereza de la alegre Francia; había algo en él del aplomo del banquero y del atildamiento del diplomático; pero estaba sumido en una profunda tristeza, y comprendí a primera vista que las pasiones se daban en su corazón una tremenda y silenciosa batalla; estaba pálido, insomne y predispuesto a una de esas afecciones nerviosas con tendencia a la epilepsia, que tan comunes han hecho en nuestro siglo el trastorno de las horas, el desorden y variación de las comidas y de los vinos, el afán del oro y el abuso del café, del té y del tabaco, tres substancias poderosamente medicinales que hemos convertido en bebida y alimento ordinario.

El pliego de Cagigas contenía documentos y cuentas, tal vez de familia, acaso de negocios, y quién sabe si de política; sirvióme a mí de introducción con Valdenebro, en cuya familia había efectivamente habido individuos amigos de mi padre, y en la cual era yo conocido por los recuerdos de sus viejos y por los delirios por mí extendidos en las páginas locas de mis efímeras poesías. La amistad entre Valdenebro y yo se entabió a nuestra presentación, y la intimidad se estableció en el primer cuarto de hora; la amistad se basó en la simpatía de la primera impresión; la intimidad en el tacto con que el doctor Zambrana logró diestra y delicadamente ingerirme y darme influencia en la historia y el ánimo del apesadumbrado y nervioso mancebo, que teniendo perentoria y absoluta necesidad de expansión, me aceptó como un viejo y perdido amigo, nueva y providencialmente encontrado en un paso difícil del camino de su existencia.

Despidióse a poco el doctor Zambrana, y el pobre Valdenebro, a solas conmigo, a las primeras frases que de nuestra conversación se cruzaron, rompió a llorar como un niño, ocultándome el rostro con las manos. Aquel hombre estaba noble, exclusiva y sinceramente enamorado de Olimpia, y negaba el hecho porque no era su hecho, y no era el supuesto hecho con la mulata lo que ofendía su dignidad, sino la injuria de Olimpia al creerla sin oirle, el desamor de aquella mujer de quien él había hecho su ídolo y en cuyo amor había cifrado su porvenir en la tierra y la salvación de su alma en la eternidad; y aquel desamor que probaba en ella su repentino desvío, aquella pasión de la criolla, fundada sólo en el orgullo y en la fiereza, tan rehacia a la reflexión como incapaz de perdonar, apagaba la esperanza, desencajaba, rompía y arrancaba algo en el corazón de aquel hombre, que era desgraciadamente uno de esos a quienes Dios condena a no sentir más que un amor, que mata cuando muere, porque es el germen de la vida del sér condenado al amor único. Estos seres que no saben, que no pueden, que no intentan siquiera tener más que un amor, no tienen tampoco más que un fin: o su amor y el de Dios o amar o morir; de esos se han hecho muchos santos y santas y de esos han vuelto muchos al seno de la madre tierra sin alzar más ruido, sin dejar más rastro que la espuma de una ola en la arena de la playa, o el polvo de una hoja seca arrastrada por el otoñal remolino. Ese era Leandro Núñez de Valdenebro, a quien preocupaba, a quien obcecaba el afán de probar a Olimpia que lo hecho no era hecho suyo antes de abandonarla para probarla que era indigna de él, puesto que no podía comprenderle: y el pobre Valdenebro, tal vez creyendo halagarme, me citaba el pensamiento de mi *Sancho García:*

...en casos por mi amor medidos,
cree primero a mi honor que a tus sentidos.

¡Míseras razas meridionales! ¡Siempre guiadas y deslumbradas por la poesía, y reduciendo a versos sus axiomas! Valdenebro me declaró que en la primera exaltación de su enojo, en la primera carta que escribió a Olimpia, suponía que la mulata jurara sobre un Cristo y los Evangelios que era verdad lo que de él decía, y que si ella juraba y Dios no la castigaba, él se resignaba a dotar a la madre y a cuidar del hijo, pero no a casarse con aquella ni a legitimar a aquel. El

amor ciega y entontece al más lince y avisado; y Valdenebro me decía, llorando: pero esa mujer es capaz de jurarlo todo; ¿qué sería un perjurio para ella? Si la hubiera usted visto con sus ojos fijos en los míos, sin rubor, sin miedo, con la más cínica desvergüenza repetirme en mi cara: «tuyo, sí, tuyo; bajo promesa de libertad y palabra de casamiento.» ¡Dios mío, y es una inconcebible impostura! pero ella sigue un plan, obedece a un impulso que yo no alcanzo, y juraría... y el mundo echará sobre mí lo que ella es capaz de echar a la misma faz de Dios.

—No—exclamé yo—no; Dios es Dios como dicen los árabes, y aunque ahora hemos dado en suprimir a Dios poniendo en lugar suyo a la Naturaleza, va usted a ver y voy a probarle a usted que Dios y la Naturaleza son una misma cosa, porque esta no sigue más impulso que el que AQUÉL le da con el soplo de su espíritu.

Vístase usted, y vamos a ver al obispo mejicano M., que ahora está aquí expatriado, que es un varón evangélico, sabio, justo y de tan sólida virtud como recto juicio e inflexible caracter... y déjenos usted hacer, que si la Golondrina no canta de plano y se retracta, será que Dios nos deje de su mano.

Y diciendo y haciendo ayudaba yo a vestirse a Valdene bro, añadiendo mientras se vestía estas pérfidas palabras de perversa intención:

—Pero júreme usted abandonar a una mujer que no ha tenido un momento de duda, ni una palabra de perdón, ni una lágrima de pesar, porque no tiene corazón ni hay en su alma un átomo de cariño más que para sí misma.

¡Miserable de mí! Yo había parado en aborrecer a la criolla. ¿Por qué? ¿Había tenido, tal vez sin darme de ello cuenta, el intento de llamar su atención en el teatro? ¿Qué quimeras me había yo forjado en mi fantasía, qué huella había dejado en mi corazón, o a lo menos en mi memoria, la vista nocturnamente repetida de su hermosura!

Miserias, polvo, levadura de Adán, olvidadas y corrompidas en los pliegues del corazón humano.

El señor obispo aprobó mi idea; y siendo el persona a quien por su dignidad episcopal y su autoridad eclesiástica no podía negarse nada en la católica morada de la soberbia pero cristiana Olimpia, él propuso, arguyó, discutió y resolvió, en vista de la inflexible tenacidad con que la mulata sostenía su dicho, que la Golondrina juraría ante el altar y sobre los Evangelios que el hecho que ella afirmaba, y negaba Valdenebro, era cierto; y que por más que ella adorase a su señorita Olimpia, por más que viese el trastorno que en la casa ocasionaba, por más que abandonada de todos ella viviera y muriera en la esclavitud, y esclavo fuera su hijo, siempre aquel hijo esclavo lo sería de Valdenebro.

Y exclamaba éste anonadado y sin encontrar la clave de la conducta de la Golondrina: «¡Dios mío! esta infame no cree seguramente en Dios, y me deshonrará y me hará cargar con tal deshonra, y con ella y con su hijo, y tendré por fin que pegarme un tiro.»

Y el doctor Zambrana se encogía de hombros y me miraba de soslayo, lo cual equivalía a decirme: «¿Lo ve usted? estamos en la misma del abogado.»

Y yo le decía: «Deje usted amanecer a Dios y veremos claro.»

Empezó Valdenebro por intimar conmigo, y concluyó por abrirme su corazón y fiarse en mí: y en consecuencia de esta intimidad entre él y yo establecida, y de esta confianza por él en mí fundada, le presenté una noche al respetado y virtuoso varón mejicano, el señor obispo M., a quien los disturbios y las persecuciones políticas de su patria tenían en Cuba desterrado, esperando en Dios y en mejores tiempos.

Era este Prelado un modelo de sacerdotes cristianos, honra del alto clero católico mejicano, gran teólogo, buen jurista, de amabilísimo trato y de intachable conducta. Era... o había sido rico; pero, verdadero apóstol del Evangelio, jamás había contado lo que tenía más que para repartirlo en limosnas entre el viejo imposibilitado, la viuda y la huérfana de la guerra civil, y cuánto desvalido encontraba, con lo cual su equipaje se reducía a un baul, que contenía un rico traje episcopal para las ceremonias del templo, un poco de ropa blanca, un ani-

llo, un pectoral y una cruz de oro con su cadena; del valor y legitimidad de todo lo cual dudaba yo, sospechando, no sin fundamento, que hacía tiempo que debía de haber tenido que reducir a moneda las esmeraldas, los brillantes y el oro de la cruz, anillo y pectoral finos, que alguna vez había yo visto brillar sobre su morado capisayo en la capital de lo que fué reino de Nueva-España.

A este santo Prelado, cuya caridad era inagotable, cuya fe en Dios era tan ardiente como inextinguible, cuyo conocimiento del corazón y de las pasiones humanas era profundísimo, acudían los tristes por consuelo, los desesperados por esperanza, los perdidos por guía, los ciegos por luz y todos, en fin, los náufragos en el mar de la vida, por una mano segura o un pasajero apoyo, que si no les sacaba salvos a la playa, les sostuviera al menos sobre las olas. Y a este señor obispo M. confió por mi consejo su historia y una idea que yo le sugerí mi nuevo amigo el atribulado Leandro Núñez de Valdenebro; por ampararle y servirle y poner mi idea en ejecución, fué dos veces este prelado al cafetal del padre de Olimpia, y con su episcopal y venerable representación y su persuasiva palabra hizo al fin aceptar mi idea a aquel padre indignado y a aquella orgullosa y ofendida criolla, los cuales, apoyados en la tenaz afirmación de que no había medio de hacer desistir a la mulata, insistían en que al dar a luz a su hijo, se la llevara consigo su seductor, antes de que ellos la vendieran a quien quisiera comprársela o aceptarla de balde con el feto que en su seno gestaba y que no querían ver salir en su casa a la luz de la existencia.

Y aferrados, la mulata en su afirmativa y en su negación Valdenebro, se encomendó a Dios el esclarecimiento de la verdad, sobre la fe de un juramento solemne, que de tomar se encargaba el señor obispo, encomendando a Dios la venganza del perjurio sobre aquel que ante Dios lo cometiere.

Valdenebro desconfiaba del éxito de aquella prueba de la Edad Media, en que la fe, la influencia del clero, el temor de Dios o el miedo al diablo, infundían al pueblo, creyente de veras o descarriadamente supersticioso, gran repugnancia a las consecuencias tradicionales del perjurio; pero la mulatica, a pesar de sus pocos años, criada en la incuria de la educación religiosa con que, el clero, poco escrupuloso de ciertos puntos de las Américas, mira a la niñez esclava, y abandonada hasta que el desarrollo de su maravillosa hermosura la hizo favorita de sus amos, a la compañía y corrupción de negros y mulatos, sospechaba Valdenebro que ni sabía seis palabras del Catecismo, ni tenía casi temor de Dios, ni miedo del diablo, y que sería capaz de jurar y perjurar ante el altar y el Prelado, como había hecho hasta entonces ante él mismo; que ni comprendía su por qué de atribuirle a él semejante hecho, ni la obstinación y desvergüenza con que sostenía tal impostura.

No contaba yo más que él con ningún buen instinto ni con ninguna santa creencia de la Golondrina; pero contaba con la superstición y la naturaleza de la mujer, al fijar los términos del juramento, que sólo había yo fiado al señor obispo y que éste debía hacer oir a Valdenebro en el momento oportuno.

XI

Una noche de Marzo, en que dió la casualidad de que el mar bramaba y el viento rugía a impulso de una de aquellas repentinas perturbaciones atmosféricas precursoras de los turbiones primaverales de los trópicos, entrábamos en una pequeña iglesia. El señor obispo, seguido de media docena de clérigos, Olimpia, su padre, su primo y tres servidores de su casa, que traían en medio a la Golondrina, Valdenebro y yo, y hasta una docena de personas más, entre las cuales contaban un venerable magistrado de la Audiencia, un alto empleado en Administración, Isidoro Lira, director del *Diario de la Marina*, Juan Ariza, el castizo poeta de quien apenas ya nos acordamos, mi atolondrado secretario Agustín Ainslie, el general Wolf que fué después hecho mariscal por el desventurado Maximiliano, y tres o cuatro señoras a quienes no sé si conocía, porque conserva-

ron los velos sobre el rostro durante aquella extraña ceremonia en una capilla lateral, sobre cuyo altar se elevaba un gran crucifijo, nos fuimos acomodando todos, mientras el sacristán encendía seis grandes y fúnebres cirios, y el señor obispo y sus eclesiásticos se endosaban las sobrepellices y estolas éstos, y aquél su capa y su mitra, y con su báculo pastoral en la derecha, y alumbrado por el sacristán y dos acólitos, colocó en un atril cubierto de un paño negro el libro de los Santos Evangelios.

Arrodillóse y arrodillámonos todos los laicos, y respondimos amén a las preces latinas, con las cuales invocó el favor y ayuda del Redentor: después de lo cual hizo el señor obispo hincarse ante el atril a Valdenebro y a la mulata, a quien yo observaba con la mayor atención, sin ver en su fisonomía la menor emoción, ni muestra de asombro ante aquellos imponentes preparativos. Valdenebro tenía razón: había poco que esperar del santo temor de Dios de aquella criatura pervertida desde su niñez.

Olimpia estaba casi al pie del altar, del lado de la epístola, y tras ella no quitaba ojo de la mulata el primo de aquélla, sombrío y pálido como siempre.

El señor obispo, después de una breve plática en la cual expuso la situación y exhortó a la mulata y a Valdenebro, en nombre de Dios, a aclarar la verdad de los hechos, y les demandó si se ratificaban él en su negativa y ella en su afirmación:

—*Sí*—dijo sin vacilar la mulata—y *sí* dijo alto y claro Valdenebro.

—¿Estáis prontos, resueltos y firmes para ratificar y jurar ante Jesucristo y sus Santos Evangelios la verdad de vuestras palabras?—volvió a preguntarles el Prelado.

—*Sí*—tornaron a responder los preguntados.

—Pues bien—siguió el sacerdote, pasando el báculo a la mano izquierda y tendiendo abierta la derecha sobre sus cabezas en señal de conminación; a cuya acción se arrodillaron a su lado sus capellanes, y todos los presentes al rededor de los juramentados, quedando sólo en pie el venerable mitrado, el cual siguió diciendo, con esa solemnidad de las ceremonias católicas:

—En nombre de Dios, que nos sacó de la nada, y de Jesucristo, que nos redimió, repetid mis palabras una por una: tú, mujer, que afirmas que éste es el padre del hijo que traes en tu seno, y tú, hombre, que niegas y rechazas su paternidad, decid: tú mujer, *si el hijo de mis entrañas no es de este hombre*, y tú, hombre, *si el hijo que está en las entrañas de esta mujer es mío*... (y repitieron y siguieron repitiendo ambos las palabras del obispo) yo invoco sobre mí el castigo de Dios y el desprecio de los hombres; juro ante El que digo la verdad, y si miento y perjuro y el hijo *no es suyo* (ella) y *es mío* (él), quiero que la maldición de Dios caiga sobre el feto que está por nacer; y que Dios manifieste su justicia haciendo de él un monstruo sin par en la raza humana, física y moralmente; (y aquí palideció y vaciló la mulata, repitiendo bajo e imperceptiblemente las palabras del Obispo, que continuaba): y que nazca zambo, jorobado y bizco, para que nadie sepa qué estatura alcanza, ni cómo y a donde marcha, ni a dónde mira, para que sea irrisión de los hombres y espanto de las mujeres (y Valdenebro seguía repitiendo, y la mulata parecía sobrecogida y trémula, y seguía diciendo el sacerdote): y al fin, no encontrando ni amigos ni compañera en la vida, maldiga la madre que le concibió, y la hora en que nació, y se vuelva rabioso contra los padres que le dieron el sér, hasta beber como un vampiro la sangra de su madre.

—¡No, no! ¡yo no juro eso: no quiero ser madre de tal hijo!—exclamó la mulata poniéndose en pie y echándose atrás.

—Yo sí, yo sí—dijo Valdenebro levantándose a su vez.

—Porque no eres su padre—le dijo sin poderse contener la Golondrina.

—¿Quién es, pues?—preguntó el Prelado—y ¿quién es?—preguntamos espontáneamente todos los que presentes estábamos, poniéndonos en pie y rodeando a la mulata.

—Yo no lo diré jamás: que lo diga él si es hombre;—e involuntariamente fijó una mirada indescriptible en el pálido primo de Olimpia.

—¡Basta!—dijo Valdenebro con una dignidad y una energía que nadie de él esperaba—. Ni quiero ni necesito saber más. Los que han podido creer en mí tan villano proceder ni merecen mi amistad ni pueden encontrar jamás satisfacciones que yo acepte nunca.

XIII

El 16 de Marzo abandoné la Isla de Cuba para volver a Méjico, en el *Méjico*, vapor de los señores Bustamante, Romero y Compañía.

Valdenebro regaló a la Golondrina la canastilla y las joyas que para Olimpia había traído de España y Francia; y sin querer recibir a su padre ni a ningún individuo de la familia criolla, se volvió a Europa en el paquete inglés de fines de Marzo.

No pudiendo arrancar de su corazón el amor, ni de su memoria el recuerdo de Olimpia, ni apechar con la afrenta de la mulata, se encerró en su casa; y la tristeza y la falta de ejercicio le acarrearon la afección pulmonal, de que murió tres años después.

Al encontrar su papeleta de defunción entre los legajos de papeles que conservo, me ocurrió la idea de escribir como fin de mis *Recuerdos del Tiempo Viejo*, EL JURAMENTO DE LA MULATA.

FIN DE LA NOVELA

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

EUREKA

Buen humor por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás M.ª Rivero, 11, Madrid

No compre V.

relojes, joyas o artículos de óptica sin antes ver precios y modelos en **La Vasco-Castellana.—Fernando VI, 9.**

Evita el dolor de muelas

DENTALINA

Perfuma el aliento

DENTALINA
1,25.
Alcoholera, Carmen 10

SASTRERÍA DE SPORT

Moisés Sancha

Casa dedicada
a la confección
de toda clase de
prendas de sport

CRUZ, 12.-MADRID

Teléfono M-2008

No se olvide que la caspa es el mayor enemigo del cabello; hay, pues, que destruirla y evitarla, lo que se consigue fácilmente con el agua **La Flor de Oro**, la que además aviva el crecimiento del cabello y le conserva la suavidad y color naturales.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

Para vender vuestros muebles

no acudáis jamás a los traperos que os abonarán la décima parte de su valor.

Los tasa y adquiere en su justo precio el

HOTEL DE VENTAS, ATOCHA, 34.

LA NOVELA CORTA

publicará en breve originales de

EMILIO CARRERE
VARGAS VILA
ALBERTO INSÚA
SALVADOR RUEDA

FRINÉ

NÚMEROS ATRASADOS
PRECIO: 15 CÉNTIMOS
DIRIGIRSE A LOS CORRESPONSALES

Prensa Popular ADMINISTRACIÓN: CALVO ASENSIO, 3.—MADRID.—APARTADO, 498.—TELEFONO, J. 623.

Fotografía BIEDMA

CALLE DE ALCALÁ, 123.
Teléfono M-730.-Hay ascensor.

La Novela TEATRAL

publicará mañana domingo

LOS DEMONIOS EN EL CUERPO

comedia en un acto, original de

MIGUEL ECHEGARAY

DIEZ céntimos.

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

LOS ANIMALES

En breve lanzaremos a la publicidad una interesantísima **colección infantil** dónde se describirán de manera detallada y amena las costumbres de las fieras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se dividirá en **24 cuadernos** bellamente ilustrados **en tricolor**, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente a saber:

León.	*Lobo.*	*Canguro.*
Tigre.	*Zebra.*	*Hipopótamo.*
Rinoceronte.	*Jirafa.*	*Foca.*
Bisonte.	*Avestruz.*	*Tortuga.*
Hiena.	*Mono.*	*Serpiente.*
Elefante.	*Cocodrilo.*	*Gato montés.*
Oso.	*Dromedario.*	*Perro.*
Ciervo.	*Caballo.*	*Aguila.*

Precio del cuaderno: 20 céntimos

PÍDANSE A CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACIÓN, CALVO ASENSIO, 3. - MADRID

NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Friné**.—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid.